

**ACTO DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO PÓSTUMO DE
JOSÉ AGUSTÍN DE LA PUENTE CANDAMO
MEMORIAS DE ORBEA. INFANCIA Y JUVENTUD DESDE UNA
HACIENDA LIMEÑA (1922-1947)¹**

Carlos Garatea Grau²

Señor rector emérito, Salomón Lerner.

Señor vicerrector administrativo, Domingo González.

Familia De la Puente, amigos y amigas, buenas noches.

Esta noche, ser el último en hacer uso de la palabra es una ventaja. Las cosas más inteligentes ya se dijeron. No soy historiador; ni frecuenté al doctor De la Puente, aunque sí tuve la suerte de ser alumno suyo en uno o dos cursos —no recuerdo bien— en los Estudios Generales Letras de la PUCP durante los años ochenta del siglo pasado; además, tuve con él varias conversaciones en su oficina. Pues bien, quiero compartir algunos recuerdos de esa época, a partir de la lectura que hice del libro que se presenta hoy y cuyas páginas me capturaron.

Quiero agradecer la oportunidad de leer el libro, porque me mostró un lado del doctor De la Puente que no conocía; un lado más cercano, próximo, a diferencia de la distancia que sentíamos sus alumnos o los profesores jóvenes ante al maestro De la Puente. A pesar del recato y el cuidado que han tenido sus tres hijos en la edición del libro, siempre aflora la dimensión humana, la dimensión espiritual y afectiva del profesor De la Puente. Se nota —al menos así me parece— que atraviesa el libro un sentimiento controlado por los hijos, que no quieren convertir el libro en un panegírico al papá; lo que ocasiona que el resultado sea un libro muy bien equilibrado, como señala José en la parte introductoria del libro: una narración fotográfica acompañada de las memorias de

¹ Discurso del Dr. Carlos Garatea Grau, rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Transcripción de las palabras ofrecidas durante la ceremonia.

² Pontificia Universidad Católica del Perú.

su padre que –como también dice en el libro– están muy bien articuladas.

Hay dos hechos que no tenía previsto comentar y que he recordado al escuchar a los anteriores oradores, en especial a Jorge Wiese. A quien oí mencionar por primera vez al doctor De la Puente fue a mi abuelo, en el año 1979, con ocasión del centenario del Combate de Angamos. El doctor De la Puente, como ustedes saben, fue un estudioso del Combate de Angamos y de la figura de Grau. En el año 79 yo tenía 13 años (mi época de pantalón corto). Se me escapan hoy los detalles, pero tengo presente que vi y escuché al doctor De La Puente en el marco de la conmemoración del Combate de Angamos. El doctor De la Puente hizo una hermosa semblanza de Grau y luego intervino mi abuelo, Rafael Grau, en representación de la familia. No recuerdo si fue en el Club Nacional (o en algunas de estas reuniones a las que iban los adultos, no los chicos). Recuerdo perfectamente que luego de la ceremonia mi abuelo le pidió al doctor José Agustín que le enviara el texto que había leído, y días después mi abuelo convocó a los nietos, nos reuní en su salita y nos leyó el texto. Terminó diciendo algo así como: “este sabe, hay que hacerle caso”.

El segundo hecho es también de orden familiar; está vinculado con el Instituto Riva-Agüero; mi padre fue alumno del doctor De la Puente; él participó en los Seminario del Instituto Riva-Agüero, en la época de Carlos Gatti y de otros profesores actuales de la Universidad. Mi padre falleció el año 2017. Luego nos tocó a los hijos decidir qué hacíamos con su estudio, definir qué hacíamos, cómo resolvíamos el hecho de que “los papeles se rompen solos”. Torres de libros, papeles, archivos, los cachivaches más insospechados. Mi papá no era tan ordenado como el doctor De la Puente; el orden lo tuvimos que hacer nosotros. Encontramos una caja en la que estaban guardados apuntes y fichas de la época en que mi padre fue estudiante en el Instituto Riva-Agüero. Las fichas permanecían amarradas con un jebe, una liga, algunas veces con cordones de zapatos; las de los cursos de Latín, por ejemplo, tenían todas las declinaciones; las de los cursos de Literatura, referencias a alguna clase del doctor Cisneros, a Fonética, etc.; en ese mar, había guardado un cuaderno con las notas del doctor De la Puente;

como dice mi mamá, mi papá era un cachivachero profesional, pero guardaba las cosas por las que tenía algún afecto. Al revisar las fichas con las notas del curso del doctor De la Puente — algunas de ellas se las regalé a José hace unos años —, creo que había el plan de un seminario, me di con una línea que decía: “tengo que estudiar más para la próxima clase”. Lo menciono porque independientemente de no haber sido un profesor cercano a mí, el doctor De la Puente — como piensa la mayoría de los presentes — es una personalidad, no solamente familiar; es una personalidad que nos ha enriquecido a los peruanos, con su conocimiento, con su obra, con su dedicación, y sobre todo con su amor por la docencia, a lo que me voy a referir al final de estas notas. Gracias a esas fichas de mi papá, el doctor De La Puente está en mi casa.

Mientras leí el libro me he preguntado: qué habría dicho al saber que sus hijos editarían un libro sobre su vida. En el libro — no sé si lo dice Manuel, Lorenzo o José — uno de ellos expresa que su papá — con esa discreción que le conocimos todos — seguramente se hubiera incomodado de que apareciera un libro que al mismo tiempo es una discreta ventana para entrar en su vida personal. Claro que si el libro hubiera ido más allá de la juventud, la adolescencia, el recato que mencionó José probablemente se habría relajado un poquito, pero, en cualquier caso, efectivamente, se trata de una ventana que nos permite descubrir que los grandes maestros son también grandes personas. Decirlo y serlo no es fácil. Lo menciono hoy porque me parece fundamental insistir en ello, sobre todo en un país como el nuestro, tan necesitado de auténticos profesores, tan necesitado de personas serias, tan necesitado de personas que sean discretas y sobre todo que sean equilibradas. Creo que nos hace falta; y cuánta falta nos hace ahora también la mirada serena sobre los problemas sociales e históricos del Perú, que encontramos en las obras de José Agustín de la Puente.

En este libro hay, además, algo que adelantó José y que me parece muy interesante: es esa preocupación por la vida cotidiana, la preocupación por la vida, por la esquina — digamos —, por la familia y los suyos. Quiero decir: la relación con la hacienda Orbea es también la construcción de su personalidad y, al mismo tiempo, es la historia de su familia. Uno de sus hijos señala — no lo dice el doctor De la Puente por

su acostumbrado recato personal—: uno descubre que en la historia de la hacienda está la formación de su personalidad. No me refiero a la hacienda en el sentido de una construcción, algo material, sino en lo que pasaba adentro, en su contenido vital. Ahí es donde se hizo el doctor De la Puente. Podemos ingresar a través del libro no solo a las relaciones con su familia, abundan retratos y notas, sino también a su vida social. Hay unas fotos estupendas de su padre con Leguía; encontramos las visitas de algunos distinguidos políticos o intelectuales del momento, y referencias a muchos aspectos y matices de la vida cotidiana. En otro texto del doctor De la Puente dice algo así como “lo que debemos conocer es al Perú de los temas diminutos”; eso es, el día a día.

Y en este libro “Memorias de Orbea”, además, hay referencias, por ejemplo, a la cocina. Me llamó la atención de que hablara del pollo a la brasa, y que dijera que en su época no había pollo a la brasa, y que lo comió por primera vez en Argentina. O que dejara constancia de su miedo a los camarones, que no lo justificaba ninguna alergia, sino por el miedo que desde niño les tuvo porque existieron problemas para su refrigeración. O cuando conversa sobre la ropa, cuando habla sobre las modas, la manera de vestir, anota que en esa época no había zapatillas —creo que es la primera frase que dice cuando habla de la forma de vestir en su juventud—, como anunciando que hay algo que está pasando en el entorno que no le gusta.

El doctor De la Puente le dedica unos hermosos párrafos al colegio de la Recoleta. Miren la coincidencia: yo también soy recoletano; estudié en la Recoleta, no en el local del centro de Lima sino en el de Monterrico. El doctor De la Puente debe haber sido una de las últimas personas que tuvo contacto con nosotros que conoció al padre Jorge Dintilhac SS. CC. Lo conoció en la Recoleta, como su profesor, durante su vida escolar. Luego lo tuvo nuevamente como su profesor en la Universidad Católica.

En el libro menciona sus lecturas. Hay una parte en la que su hijo Manuel menciona que el doctor José Agustín de la Puente intentó siempre integrar las cosas, dándole así armonía al mundo. Lo dice Manuel de la siguiente manera: “La visión integradora del Perú que nos ha dejado como maestro e historiador va de la mano de su estilo humano.

Lejos de toda estridencia, su modo de ser sencillo y modesto le daba fuerza a su magisterio”.³ Creo que estamos ante un secreto. No sé si es el secreto mejor guardado, pero parece tratarse de la clave que marca sus perspectivas de historiador y de intelectual.

Algo que me ha gustado mucho y que nos muestra la dimensión personal del maestro es la referencia al silencio. El silencio como valor, como respeto. Saber callarse. Tener disposición para oír en silencio y para descubrir a la otra persona sabiendo escuchar. Es sin duda una virtud que, en ocasiones, puede expresar dolor. A veces uno recurre al silencio cuando algo nos duele, o cuando queremos decir algo que, por distintas razones, no puede expresarse. A mí me ocurrió con mi padre. Mi padre tuvo varios infartos cerebrales antes de fallecer y perdió la comunicación. Fueron meses terribles. Con su silencio nos decía todo.

Un pasaje que me conmovió es cuando habla de su hermana. Ese es un pasaje muy particular en el libro; es un pasaje muy sentido. En esas líneas aflora la sensibilidad del doctor De la Puente. Me refiero a cómo se vivió en la familia saber que su hermana estaba enferma. Me voy a permitir leer cuatro líneas: “Estaba muy grave y el doctor dijo que no se iba a curar. Recuerdo a mi padre callado al pie de la cama, contemplándola. Yo no sabía qué decirle”.⁴ Es muy lindo, porque al mismo tiempo que marca el límite de la persona, también hay respeto, amor. El silencio se impone hablando. No me voy a detener en las consecuencias de este episodio —lean el libro—, lo traigo a colación como lección de vida. Saber controlarse —lo han mencionado indistintamente cada uno de los que me han precedido en el uso de la palabra— es algo que tenemos que recuperar. Uno es amo de lo que calla y esclavo de lo que dice —decía mi abuelo—. Y en este pasaje, en el caso del doctor De la Puente, el silencio es una virtud frente a una situación personal muy dolorosa, que vivió muy niño, tendría 17 o 18 años —si no me falla el cálculo—; su hermana falleció antes de los 18 años, y él decide guardar silencio, no saber qué decir, pero la extrañan con todo el corazón. Dos líneas después menciona que la ven caminar por algunas habitaciones

³ Puente Candamo 2022: 193.

⁴ Puente Candamo 2022: 69.

de la casa, luego de su entierro. Es un pasaje muy lindo y me parece que es el lado humano de los profesores, del profesor que uno ve de lejos, que ve distante, pero de pronto descubre que el magisterio está en la persona, en la palabra, en los silencios. El magisterio está también en esas charlas, en eso que todos los profesores tenemos que saber guardar, callar y respetar.

Para nuestra Universidad, el doctor De la Puente es uno de esos profesores o, si prefieren, maestros para toda la vida. Es un maestro de vida, como lo hemos recordado en una anterior oportunidad. Y de ese magisterio yo quiero rescatar el hecho de que hasta el final de sus días —lo decía José— dictó en Estudios Generales, y eso no es frecuente tampoco en la propia Universidad. Acá hay varios colegas que no me van a dejar mentir. Los profesores, conforme va avanzando el calendario, quieren trabajar menos en Estudios Generales porque no quieren estar con los chicos, se sienten lejanos, distantes. Es verdad que los chicos demandan y exigen más cosas. Hay algunas excepciones: el doctor Salomón Lerner, aquí presente, por ejemplo, es una excepción; sigue dictando clases en Estudios Generales. El doctor De la Puente es otra excepción: a sus 93 años dictó su última clase en Estudios Generales, y los estudiantes que tendrían 17 o 18 años asistieron a sus clases y lo escucharon con aprecio y admiración. Yo recuerdo mucho haber visto, alguna vez, durante los años en que me tocó ser decano o estar como profesor —no recuerdo bien—, haberme encontrado con él, y creo que con José o alguien más que lo acompañaba a clase. Entonces me preguntaba cuánto tiempo más iba a dictar; todos estábamos preocupados por él, pero el que no estaba preocupado era el propio doctor De la Puente; quería cumplir con su responsabilidad docente.

Y en esa preocupación por los jóvenes, por los chicos, yo les recomendaría que leyeran un texto del doctor De la Puente: su discurso de incorporación a la Academia Peruana de la Lengua. A raíz de que se menciona en “Memorias de Orbea” lo busqué, y lo encontré en Internet. Leí ese discurso el fin de semana, y algo que me gustó particularmente es que no es el discurso erudito, no es el discurso lleno de referencias ajenas, es un discurso que tiene clara conciencia de sus destinatarios; empieza diciendo que él como historiador va a hablar como historiador

en una recepción en la Academia Peruana de la Lengua. Pero es un texto que ciertamente lo debería leer cualquier profesor de Historia del Perú en su primer día de clases, porque dice y señala cosas y principios de interpretación y de honestidad intelectual que debemos saber conservar; además de su preocupación por la juventud. En las primeras páginas hay una pregunta que es muy actual; este discurso — si no me falla la memoria — se leyó en el año 1982, hace 40 años. Y la pregunta a la que me refiero es muy actual, dada la situación del deterioro de la educación en el país; el retiro de los cursos de historia y la pérdida del interés por la enseñanza de la Historia en los colegios; cómo cada vez más los chicos pueden salir del colegio y confunden a Grau con Alfonso Ugarte; a Pachacútec lo hacen un hombre del siglo XIX. La pregunta, sin embargo, que me parece central, que habría que retomar, dice: ¿Qué es el Perú para quien termina el colegio? La planteó en el año 1982. Sería muy interesante plantearnos nosotros también esta pregunta. ¿Qué piensa un chico cuando termina el colegio hoy? ¿Qué piensa de su país? ¿Cómo ve a su país? ¿Cómo se vincula con el país?

Este año hemos recibido a chicos que han hecho cuarto y quinto de media con el COVID. En los dos últimos años, han egresado de la secundaria un millón de estudiantes. ¿Qué piensa ese millón de estudiantes, que son los que vamos a tener que formar para que nos saquen de la crisis, y evitar que se vuelva a repetir? ¿Qué piensa ese chico, ese estudiante en relación con el Perú? ¿Cómo lo ve? ¿Cómo se imagina al país? A todos nos consta que cada vez más chicos a los 16 o 17 años ya están pensando en irse, algo muy doloroso para los profesores, y para los papás es todavía más; acá no hay futuro, toman sus cosas y se van. Para los que somos profesores, los que trabajamos en la Universidad, como José Agustín de la Puente, como hacen varios de los que están acá presentes, nos plantea una responsabilidad. Y ahí hay una tarea — creo que está en este texto que les acabo de mencionar — ; cómo descubrir el afecto y la conciencia histórica en un chico de 16, 17 o 18 años que salga de un colegio nacional o privado en cualquier parte del país. El doctor De la Puente lo ponía como una tarea — digamos — de reflexión. Yo me apropio de la iniciativa. La pregunta la formuló en 1982; era importante; ahora creo que es más importante, y si lo dejamos pasar será — en reali-

dad — muy tarde para tratar de dar una respuesta completa a esa pregunta.

Creo — y con esto me voy acercando al final — que es importante leer el libro que han editado sus hijos. Creo que es importante reconocer el valor de las personas que nos dejan, personas a las cuales queremos y admiramos, y también es importante que aprendamos con sencillez y con humildad a descubrir el valor de todos. A veces el valor no solamente está conversando, también está leyéndolas, también está guardando silencio, también está siendo discretos, también está siendo reflexivos y tener siempre un momento para acercarse al otro, con sus modos, con sus discrepancias. José lo decía hace un rato: no es ni los elogios, ni las estridencias, ni el pesimismo, ni la mala fe, sino la necesidad de guardar un equilibrio.

Y termino con una cita del doctor De la Puente, que veo como una recomendación a los profesores. Dice: “Nuestro esfuerzo debe limitarse a estudiar la verdad por encima de todo, y a cultivar entre nuestros alumnos la serenidad sin la cual la vida de la inteligencia es una quimera”.⁵ Creo que ese debe ser un principio y un mensaje. Lo entiendo así como rector, como persona comprometida con la educación en el Perú. Deberíamos ponerlo en práctica en cuanto salgamos de este aula.

Muchas gracias a todos y nuevamente mis saludos a la familia De la Puente por la oportunidad de reunirnos aquí y por la oportunidad - en medio del descalabro general que se vive en el país- de tener un momento para pensar en el país, para pensar en lo que somos y para asumir las tareas que nos están esperando allá afuera, como lo hizo el doctor De la Puente. Muchas gracias.

Bibliografía

Puente Candamo, José Agustín de la. 1982. “Reflexiones sobre la enseñanza de la Historia”. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 17: 93-116.

Puente Candamo, José Agustín de la. 2022. *Memorias de Orbea. Infancia y juventud desde una hacienda limeña (1922-1947)*, editado por José de la Puente Brunke, Lorenzo de la Puente Brunke y Manuel de la Puente Brunke. Lima: Orbea ediciones.

⁵ Puente Candamo 1982: 115.